TRANSACTIONS OF THE INSTITUTE OF BRITISH GEOGRAPHERS
Royal Geographical Society with IBG
Advancing geography and geographical learning

This paper is a translation of Linz, J. (2026) Eviction, Home and the Spatiality of Shame. *Transactions of the Institute of British Geographers,* 51, e70101. Available from https://doi.org/10.1111/tran.70101. It was translated by Jess Linz and Paula Ortiz.

DOI: 10.55203/RZBC1040

Desalojo, hogar y la espacialidad de la vergüenza

Jess Linz

Department of Geography, University of Zurich, Zürich, Switzerland

Resumen

Partiendo del contexto de los desalojos residenciales, este artículo examina la intersección entre la vergüenza y el desalojo mediante entrevistas grupales íntimas con familias en una Ciudad de México, la ciudad en proceso de gentrificación. El trabajo realiza tres aportaciones: destaca el papel de la vergüenza a la hora de facilitar los desalojos, presenta una teoría espacial de la vergüenza y ofrece estrategias para resolverla y restaurar la agencia política y la conexión social. Entendiendo la vergüenza más allá de su uso común dentro de un marco moral, la conceptualizo como una configuración espacial de vínculos mutuamente excluyentes que paralizan al sujeto en un estado de indecisión estancada. Esta perspectiva atiende a la torsión y las divisiones que la vergüenza genera tanto en el interior del individuo como fuera de él, afectando la energía vital que la persona construye en relación con su hogar y su entorno inmediato. Comprender la vergüenza en función de los vínculos también condiciona la lógica de su resolución. A partir de un trabajo de campo cualitativo realizado entre 2018 y 2021, presento los hallazgos en tres secciones: primero, explico cómo la vergüenza irrumpe por sorpresa en las situaciones de desalojo a través del encuentro insólito con el hogar volcado en la acera; segundo, catalogo la materialidad de los objetos abyectos; y tercero, articulo los procesos interpersonales para transformar la vergüenza descritos por mujeres que vivieron el desalojo. El texto explora por qué los intentos de recuperar la agencia y el orgullo mediante el rechazo de la vergüenza conllevan cierto riesgo, asociado a la atracción magnética entre ambos sentimientos. Asimismo, sugiere que se logra una resolución más duradera de la vergüenza al cultivar relaciones de interés y fomentar la dispersión de la intensidad emocional entre los distintos vínculos. El artículo demuestra cómo la figura del «otro» puede catalizar una transformación en el espacio psíquico, ayudando al sujeto a resolver la respuesta de vergüenza y debilitando el control afectivo que los órdenes hegemónicos ejercen sobre las personas; sin ofrecer necesariamente un cierre definitivo o coherencia, esta interacción proporciona los medios para sostener fragmentos inconexos y recuperar la energía vital, elemento crucial para los movimientos colectivos.

PALABRAS CLAVES

desalojo, afecto, vergüenza, política, materialidad, orgullo

1 INTRODUCCIÓN: ¡AQUÍ NO HAY NADA QUE VER!

Cuando se desarma un hogar, se transforma, liberando un enjambre de objetos diversos y formas irregulares. En una mudanza ideal, la estructura de los objetos cotidianos se reordena temporalmente, se compacta y se transporta para volver a armarla. En un desalojo, el hogar no se desmonta con cuidado, sino que se pone patas arriba, lo

Financiación

Esta investigación fue posible gracias a una beca Fulbright-García Robles y a una beca de P.E.O. International. La redacción contó con el apoyo de la subvención IZSTZ0_223856 del SNSF en la Universidad de Zúrich.

Resumen breve

El presente artículo examina la intersección entre la vergüenza y el desalojo a través de entrevistas grupales íntimas con miembros de familias en la Ciudad de México, una ciudad en proceso de gentrificación. El trabajo realiza tres aportaciones: destaca el papel de la vergüenza a la hora de facilitar los desalojos, presenta una teoría espacial de la vergüenza y ofrece estrategias para resolver dicha vergüenza y restaurar la agencia política y la conexión. El artículo muestra cómo el papel del «otro» puede catalizar una transformación en el espacio psíquico, ayudando al sujeto a resolver la respuesta de vergüenza y —aun sin ofrecer un cierre definitivo ni coherencia— invitando a recuperar la energía vital, tan importante para los movimientos colectivos.

importante y lo trivial revuelto en la banqueta. Bolsas de tela llenas de documentos y papeles se apilan sobre una lavadora, mientras que organizadores del baño se amontonan junto a libreros, macetas con plantas y televisores; congregaciones de zapatos, ropa, una lámpara se asoman de las cajas en los umbrales de las puertas; juguetes y cajas de cereal, botes de basura y almohadas sobresalen entre montones de botellas mezcladas – comida y cosméticos en mesitas auxiliares; sillas volteadas flotan sobre archiveros, y colchones se tambalean hacia torres de viejos CD, cintas VHS, libros y carpetas, y bolsas de basura abultadas que ocultan objetos preciosos apenas logran mantenerse en pie; rollos de papel higiénico se derraman en las jardineras de la calle mientras las bases de cama se apoyan contra los árboles. Este es el colapso caótico de la estructura de una vida.

Para inquilinxs[1], el desalojo forzado es tanto un encuentro con algo familiar que se ha vuelto extraño, como un espectáculo humillante de exposición. Pero para el público en general, es un aspecto fugaz de la gentrificación, que desaparece tan rápido como aparece y obliga a los transeúntes a – brevemente, y con vergüenza – apartar la mirada («Vivienda, Gentrificación y Despojos», 2024). Esta naturaleza efervescente del desalojo hace que sea difícil comprender el alcance de la violencia de la gentrificación. En la Ciudad de México, la ola del «tsunami inmobiliario» (Flores, 2019), que se eleva hacia el cielo en forma de torres de cristal, distrae la atención de los desalojos que se llevan a cabo en los edificios antiguos que se encuentran debajo. Siguiendo con la metáfora del agua, los desalojos son una resaca que arrastra a las personas fuera del centro de la ciudad y las lleva, lejos de la vista, hacia la periferia. Uno por uno, este éxodo disipa la cultura popular y de clase trabajadora del centro de la ciudad (Moctezuma Mendoza, 2021), cediendo el dominio a las élites y a lxs extranjerxs e invitando a la comparación tanto con el neocolonialismo como con el colonialismo interno (Atkinson y Bridge, 2005; González Casanova, 1965; Guillén, 2014). La desestimación del daño individual y social que causan los desalojos se refleja en la política de vivienda, el cumplimiento laxo de los procedimientos oficiales de desalojo, la falta de servicios psicológicos de acompañamiento para lxs residentes desalojadxs y la indiferencia con la que se trata a ellxs en las redes sociales y medios tradicionales. Sin embargo, un entorno hostil también es un incentivo para que lxs inquilinxs se retiren rápidamente junto con sus pertenencias: la sorpresa, el ocultamiento y la exposición (Ahmed, 2014), así como la huida de las consecuencias violentas del estigma (Tyler, 2021, p. 15), apresuran a las personas a despejar el camino para la reurbanización, y el desalojo pasa desapercibido.

[1] En este texto, utilizo la «x» para referirme a grupos. Dado que los datos primarios de las entrevistas provienen exclusivamente de mujeres, el género de las palabras empleadas en el texto a veces refleja esta circunstancia cuando me refiero específicamente a ellas.

Arrancando de vuelta la vergüenza para extender el momento, el presente artículo aporta contribuciones desde la intersección entre las geografías emocionales y los estudios urbanos sobre el desplazamiento: destaca el papel activo de la vergüenza en los procesos de desplazamiento residencial forzado y ofrece una teoría espacial de la vergüenza – en su materialidad y como función de los vínculos dentro y más allá del yo. Basado en esta comprensión geográfica de la vergüenza, y analizado a través de la teoría de los afectos, este manuscrito también se opone al rechazo o la desviación de esta emoción y, en su lugar, aporta una explicación política de cómo el entendimiento de la vergüenza como una disposición espacial puede interrumpir los sentimientos paralizantes consecuentes a ella, y abrir el impasse de la vergüenza hacia diferentes disposiciones afectivas – en forma de otras relaciones con uno mismo y con los demás – que ofrecen una mayor capacidad de acción política.

A continuación, analizo la espacialidad de la vergüenza en la medida en que facilita el desalojo forzado, y comparto enfoques para resolver la vergüenza utilizados por mujeres en la Ciudad de México, a medida que recuperan su agencia y su participación política. En primer lugar, analizo cómo aparece la vergüenza en los estudios sobre el hogar y el desalojo, y por qué la investigación específica sobre la vergüenza ha sido limitada. Posteriormente, describo cómo se han abordado la vergüenza y el concepto relacionado del estigma en la geografía. Partiendo de la conceptualización de Alberto Vanolo sobre el efecto de la vergüenza en el espacio urbano, la siguiente sección desarrolla una reflexión sobre la espacialidad de la vergüenza, interpretada no a través del marco dominante de la psicología moral, sino a través de las teorías afectiva y poscolonial. Esta literatura apunta a la espacialidad de la vergüenza como una función de los vínculos ambivalentes que un sujeto lucha por resolver. Este esquema da lugar a una respuesta política inesperada (quizás insatisfactoria): resolver la vergüenza no consiste principalmente en evitarla o rechazarla del todo, como uno podría sentirse inclinado a hacer en un primer momento, sino en habitarla e incorporar sus fracturas a la cohesión del yo.

El material empírico de las tres secciones siguientes demuestra estos mecanismos espaciales de la vergüenza: la primera sección analiza el choque cognitivo que provoca el desalojo al desordenar el hogar y exponer lo íntimo al exterior, lo que altera la espacialidad del yo y agudiza la conciencia de las personas en torno a sus límites. La segunda sección examina cómo la vergüenza transforma las pertenencias del hogar de herramientas útiles de la vida cotidiana a objetos abyectos e increíblemente pesados. La tercera sección examina cómo se resuelve la vergüenza, destacando cómo los sujetos vuelven a establecer una relación íntima no solo con lxs demás, sino también consigo mismxs. En conjunto, estas secciones describen el espacio psíquico de la vergüenza, la naturaleza social de su reconfiguración y el efecto político de hacerlo. En una breve conclusión, sostengo que estos hallazgos ponen de manifiesto cómo una conceptualización de la vergüenza como una función de los vínculos afectivos, en lugar de como un juicio moral, ofrece un nuevo vocabulario político útil para las luchas anti-hegemónicas, como la lucha por los derechos a la vivienda.

2. LA VERGÜENZA EN LOS ESTUDIOS SOBRE EL DESALOJO

Mi enfoque en la vergüenza en los desalojos aborda lo que se insinúa, pero queda poco desarrollado en las geografías urbanas de la vivienda y el desplazamiento en el contexto de la gentrificación. A pesar de las tradiciones de análisis crítico (Atkinson, 2000; Fullilove, 1996; Marcuse, 1985), lxs investigadores se han enfrentado a desafíos metodológicos para estudiar el desplazamiento (Newman y Wyly, 2006). Este «problema de vivienda oculto» (Hartman y Robinson, 2003) también condujo a años de negación sobre la relación entre desplazamiento,

desalojo y gentrificación (Slater, 2006). Antes de que fuera posible examinar los daños colaterales de la gentrificación, parecía necesario demostrar repetidamente su imbricación con el desplazamiento en primer lugar (Chum, 2015; Elliott-Cooper et al., 2019; Madden y Marcuse, 2016). En la intersección entre el hogar y el desplazamiento, el trabajo de Katherine Brickell introdujo la investigación sobre la experiencia vivida del desalojo (Brickell, 2014), y el ya famoso relato de Matthew Desmond sobre la experiencia vivida del desalojo dejó claro que «sin un techo, todo lo demás se desmorona» (Desmond, 2016, p. 253). Desde entonces, el Eviction Lab de Desmond ha trabajado para recopilar, analizar y compartir datos nacionales sobre desalojos en los EEUU (Gromis et al., 2022). Sin embargo, la aparente objetividad de las cifras oficiales oculta realidades importantes sobre el desalojo, así como los orígenes problemáticos de algunos datos del Eviction Lab – datos que tal vez incluso perjudiquen el poder de organización de los inquilinos (Aiello et al., 2018). Académicxs activistas de base comunitaria han publicado extensamente sobre enfoques de métodos mixtos para comprender el desalojo en sus múltiples dimensiones (Aiello et al., 2018; Maharawal y McElroy, 2018; Tran, 2025).

Un hiper-enfoque en el alcance del problema del desalojo y su medición en las estadísticas puede distraer de una comprensión más profunda de cómo el desalojo opera para «deshacer la capacidad de resistencia de los desalojados» (Baker, 2020, p. 145). Concebir el desalojo como una forma de «desmantelamiento del hogar» fue fundamental para resaltar el trauma del desplazamiento (Baxter y Brickell, 2014) y ha abierto la puerta a una profundización radical en el estudio del impacto en la vida emocional y la subjetividad. La fantasía de que el desalojo es un evento de corta duración – quizás desafortunado, pero merecido y momentáneo – oculta lo que, con mayor frecuencia, es un calvario continuo y repetitivo para el residente afectado (Doboš et al., 2023; Watt, 2018), atrapando a las personas en ciclos de desplazamiento y callejones sin salida (Baker, 2021). Investigaciones recientes en la intersección entre el desalojo y el afecto muestran cómo pequeñas fuerzas se acumulan para convertir el desalojo en una experiencia tan opresiva y violenta para las personas: desde las sutiles estrategias que utilizan los propietarios para desalojar sin la intervención del estado (Garboden y Rosen, 2019), hasta la represión de la resistencia política (Brickell, 2019; Gehriger, 2023; Lancione, 2019), la ambivalencia de las pertenencias en el desalojo – tanto sus vulnerabilidades legales (Blomley et al., 2020) como su importancia para dar un punto de anclaje a los sujetos desarraigados (Fathi, 2020), los desafíos que enfrentan los inquilinos en los tribunales (Klosterkamp, 2024) y cómo el afecto activa traumas pasados e incertidumbres futuras (Griffiths, 2020). En conjunto, estos académicos esclarecen el impacto desproporcionado de lo micro en el acceso de las personas a la vivienda, y el presente artículo aporta una perspectiva sobre cómo, al poner en marcha ciertas mecánicas espaciales, la vergüenza se convierte en una fuerza relevante que facilita el desalojo.

Destellos de la vergüenza recorren la literatura sobre el desalojo y el desplazamiento; aparecen de forma breve, tangencial y sin necesidad aparente de mayor explicación. Rara vez lxs investigadores en materia de vivienda han analizado este afecto a fondo para examinar su funcionamiento o su espacialidad. Una excepción a esto la constituyen los estudios recientes sobre la crisis de vivienda en España, que muestran cómo lxs residentes que se suman al movimiento por la vivienda en momentos de profunda vergüenza logran superarla para pasar a la organización colectiva (Álvarez Veinguer y Sebastiani, 2019). Comprender la vergüenza en este caso es importante para exponer «la violencia encubierta» (Salmon, 2021, p. 68) que experimentan sujetos cuyo «único error ha sido creer en una meritocracia» (Ibíd., 2021, p. 71). Al señalar los problemas estructurales como la fuente de la vergüenza – las finanzas especulativas y la ausencia de servicios sociales impulsada por la austeridad

(Álvarez Veinguer y Sebastiani, 2019, p. 8), Álvarez Veinguer y Sebastiani describen cómo el movimiento por la vivienda no ignora las heridas de la vergüenza de los residentes, sino que las reconoce como un «vínculo vivo» (Ibíd., p. 14, citando Fernández-Savater, 2008) entre miembros del movimiento que ayuda a las personas a aceptar la vulnerabilidad y, juntas, a convertirla en algo productivo: «politizando su sufrimiento» (Fernández-Savater, 2008). Lo que Álvarez y Sebastiani no detallan es lo que ocurre entre el momento en que el sujeto se cierra en sí mismo por la vergüenza y el momento en que se vuelve a abrir hacia el colectivo. El espacio psíquico de la vergüenza, como muestra la siguiente sección, se caracteriza por una división dentro del yo y una separación de lxs demás. El espacio cerrado de la vergüenza es muy distinto del de la apertura del yo cuando se participa en el colectivo (Soreanu, 2018), así que, ¿cómo tiene lugar esta transformación emocional y espacial? El presente artículo reflexiona, a partir de esta brecha, sobre cómo se transforma el espacio psíquico y el efecto que esto tiene en la política.

3. LA VERGÜENZA EN LOS ESTUDIOS SOBRE EL DESALOJO

Mi enfoque en la vergüenza en los desalojos aborda lo que se insinúa, pero queda poco desarrollado en las geografías urbanas de la vivienda y el desplazamiento en el contexto de la gentrificación. A pesar de las tradiciones de análisis crítico (Atkinson, 2000; Fullilove, 1996; Marcuse, 1985), lxs investigadores se han enfrentado a desafíos metodológicos para estudiar el desplazamiento (Newman y Wyly, 2006). Este «problema de vivienda oculto» (Hartman y Robinson, 2003) también condujo a años de negación sobre la relación entre desplazamiento, desalojo y gentrificación (Slater, 2006). Antes de que fuera posible examinar los daños colaterales de la gentrificación, parecía necesario demostrar repetidamente su imbricación con el desplazamiento en primer lugar (Chum, 2015; Elliott-Cooper et al., 2019; Madden y Marcuse, 2016). En la intersección entre el hogar y el desplazamiento, el trabajo de Katherine Brickell introdujo la investigación sobre la experiencia vivida del desalojo (Brickell, 2014), y el ya famoso relato de Matthew Desmond sobre la experiencia vivida del desalojo dejó claro que «sin un techo, todo lo demás se desmorona» (Desmond, 2016, p. 253). Desde entonces, el *Eviction Lab* de Desmond ha trabajado para recopilar, analizar y compartir datos nacionales sobre desalojos en los EEUU (Gromis et al., 2022). Sin embargo, la aparente objetividad de las cifras oficiales oculta realidades importantes sobre el desalojo, así como los orígenes problemáticos de algunos datos del Eviction Lab – datos que tal vez incluso perjudiquen el poder de organización de los inquilinos (Aiello et al., 2018). Académicxs activistas de base comunitaria han publicado extensamente sobre enfoques de métodos mixtos para comprender el desalojo en sus múltiples dimensiones (Aiello et al., 2018; Maharawal y McElroy, 2018; Tran, 2025).

Un hiper-enfoque en el alcance del problema del desalojo y su medición en las estadísticas puede distraer de una comprensión más profunda de cómo el desalojo opera para «deshacer la capacidad de resistencia de los desalojados» (Baker, 2020, p. 145). Concebir el desalojo como una forma de «desmantelamiento del hogar» fue fundamental para resaltar el trauma del desplazamiento (Baxter y Brickell, 2014) y ha abierto la puerta a una profundización radical en el estudio del impacto en la vida emocional y la subjetividad. La fantasía de que el desalojo es un evento de corta duración – quizás desafortunado, pero merecido y momentáneo – oculta lo que, con mayor frecuencia, es un calvario continuo y repetitivo para el residente afectado (Doboš et al., 2023; Watt, 2018), atrapando a las personas en ciclos de desplazamiento y callejones sin salida (Baker, 2021). Investigaciones recientes en la intersección entre el desalojo y el afecto muestran cómo pequeñas fuerzas se acumulan para convertir el desalojo en una experiencia tan opresiva y violenta para las personas: desde las sutiles estrategias que

utilizan los propietarios para desalojar sin la intervención del estado (Garboden y Rosen, 2019), hasta la represión de la resistencia política (Brickell, 2019; Gehriger, 2023; Lancione, 2019), la ambivalencia de las pertenencias en el desalojo – tanto sus vulnerabilidades legales (Blomley et al., 2020) como su importancia para dar un punto de anclaje a los sujetos desarraigados (Fathi, 2020), los desafíos que enfrentan los inquilinos en los tribunales (Klosterkamp, 2024) y cómo el afecto activa traumas pasados e incertidumbres futuras (Griffiths, 2020). En conjunto, estos académicos esclarecen el impacto desproporcionado de lo micro en el acceso de las personas a la vivienda, y el presente artículo aporta una perspectiva sobre cómo, al poner en marcha ciertas mecánicas espaciales, la vergüenza se convierte en una fuerza relevante que facilita el desalojo.

Destellos de la vergüenza recorren la literatura sobre el desalojo y el desplazamiento; aparecen de forma breve, tangencial y sin necesidad aparente de mayor explicación. Rara vez lxs investigadores en materia de vivienda han analizado este afecto a fondo para examinar su funcionamiento o su espacialidad. Una excepción a esto la constituyen los estudios recientes sobre la crisis de vivienda en España, que muestran cómo lxs residentes que se suman al movimiento por la vivienda en momentos de profunda vergüenza logran superarla para pasar a la organización colectiva (Álvarez Veinguer y Sebastiani, 2019). Comprender la vergüenza en este caso es importante para exponer «la violencia encubierta» (Salmon, 2021, p. 68) que experimentan sujetos cuyo «único error ha sido creer en una meritocracia» (Ibíd., 2021, p. 71). Al señalar los problemas estructurales como la fuente de la vergüenza – las finanzas especulativas y la ausencia de servicios sociales impulsada por la austeridad (Álvarez Veinguer y Sebastiani, 2019, p. 8), Álvarez Veinguer y Sebastiani describen cómo el movimiento por la vivienda no ignora las heridas de la vergüenza de los residentes, sino que las reconoce como un «vínculo vivo» (Ibíd., p. 14, citando Fernández-Savater, 2008) entre miembros del movimiento que ayuda a las personas a aceptar la vulnerabilidad y, juntas, a convertirla en algo productivo: «politizando su sufrimiento» (Fernández-Savater, 2008). Lo que Álvarez y Sebastiani no detallan es lo que ocurre entre el momento en que el sujeto se cierra en sí mismo por la vergüenza y el momento en que se vuelve a abrir hacia el colectivo. El espacio psíquico de la vergüenza, como muestra la siguiente sección, se caracteriza por una división dentro del yo y una separación de lxs demás. El espacio cerrado de la vergüenza es muy distinto del de la apertura del yo cuando se participa en el colectivo (Soreanu, 2018), así que, ¿cómo tiene lugar esta transformación emocional y espacial? El presente artículo reflexiona, a partir de esta brecha, sobre cómo se transforma el espacio psíquico y el efecto que esto tiene en la política.

4. NOTAS GEOGRÁFICAS SOBRE LA VERGÜENZA

«Si la angustia es el afecto del sufrimiento, la vergüenza es el afecto de la indignidad, de la derrota, de la transgresión y de la alienación» (Tomkins, 2008, p. 399). Mientras la vergüenza rara vez ha sido objeto de atención en la geografía, existe una amplia investigación sobre el concepto relacionado del estigma. Parece lógico que la geografía, que etimológicamente, es el estudio de las marcas de la tierra, se interese por la estigmatización como marca en las personas o las cosas como un signo de infamia, sometimiento, desgracia, censura o condena (específicamente de deshonra según el Diccionario de la Real Academia Española, (s.f.) o para avergonzar, merecido que sea o no según el Diccionario del Español de México (s.f.). El estigma, en otras palabras, es la vergüenza que no se puede borrar. En espacios estigmatizados, lxs geógrafxs demuestran que el estigma regula el comportamiento «normal» (Thompson et al., 2007), y que la estigmatización territorial enlaza la desigualdad a la marginalidad (Wacquant et al., 2014), manifestándose hacia el exterior para anunciar las cualidades inaceptables

de un lugar (Klocker, 2015). Además, la producción del estigma en el territorio no es accidental, sino que es «parte integral de las formas contemporáneas de gobernanza urbana neoliberal» (Larsen y Delica, 2019, p. 540). Dicho de otra manera, el paradigma actual del desarrollo urbano requiere la marca espacializada de la vergüenza para funcionar.

Lxs geógrafxs han comenzado a cuestionar el papel de la vergüenza en alimentar el poder del estigma. Observan cómo la vergüenza opera a través de un lente moral en los lugares estigmatizados (Strong, 2021), y en un entorno al que se le atribuyen simbólicamente sentimientos positivos, la sorpresa invita a la vergüenza a seguirle de cerca (Ruez, 2016). Los órdenes hegemónicos provocan vergüenza en quienes no «encajan» (Muñoz, 2017; Taylor, 2021; Weiss, 2018), y en el espacio urbano las personas buscan mantener a raya la vergüenza mediante el ocultamiento, el desplazamiento y la agrupación de «actividades vergonzosas» para su consumo colectivo (Vanolo, 2021). El magnífico artículo de Vanolo sobre la segregación urbana de la vergüenza esboza algunas características observadas de la espacialidad de la vergüenza: en primer lugar, su origen a través de *la cercanía a un objeto* impregnado de vergüenza o culpa, lo cual se vincula con los numerosos estudios sobre el estigma; en segundo lugar, las diferentes *«predisposiciones al contacto»* que provoca la vergüenza, que van desde el deseo de desaparecer o la necesidad de perdonar, hasta el deseo de infligir violencia; y en tercer lugar, *las relaciones no lineales* que la vergüenza tiene con otros fenómenos personales y sociales que *se sitúan en la frontera entre el yo, lo social y lo inconsciente* (Vanolo, 2021, p. 764). Vanolo pone de manifiesto cómo la espacialidad de la vergüenza crea rigidez en el panorama psicosocial para evitar la incomodidad que esta genera. Pero, ¿qué es la vergüenza? ¿Qué hay de este sentimiento que las personas se esfuerzan tanto por evitar? La siguiente sección se desliza bajo la cobija de la vergüenza para sentir su constricción y considerar el proceso para aflojar las ataduras sin perder el control de los vínculos importantes.

5. MARCO TEÓRICO: EL ESPACIO DE LA VERGÜENZA

Aunque existen diferentes formas de concebir la vergüenza, existe un consenso generalizado en que la vergüenza es un giro hacia el interior, hacia el yo. El espacio psíquico de la vergüenza es fundamental para comprender la subjetividad, ya que la vergüenza «es una experiencia del yo por parte del yo» (Sedgwick et al., 1995). En el marco de la psicología moral, la vergüenza es un reconocimiento de una transgresión moral que sitúa al sujeto por debajo de los demás y de los ideales sociales (Lewis, 1995). Al identificar «una discrepancia entre el yo ideal y el yo real» (Strong, citando a Broucek, 2021, p. 75), la vergüenza divide al sujeto en tanto sujeto *y* objeto sobre el que hay que trabajar. En este marco, la moral rige la relación espacial.

Sin embargo, otros sostienen que una respuesta de vergüenza debe interpretarse sin que exista ninguna transgresión moral, argumentando en cambio que el giro hacia el interior en la vergüenza proviene más bien de un encuentro con lo desconocido. El trabajo fundamental de Silvan Tomkins sobre el afecto explica que la vergüenza es una respuesta que se produce cuando se interrumpe una conexión de interés con un objeto desconocido y se experimenta una reducción incompleta de un afecto positivo. Asociada con «*lo extraño*, más que con lo prohibido o lo desaprobado» (Sedgwick et al., 1995, p. 97; énfasis en el original), Tomkins ilustra el giro hacia adentro de la vergüenza no como una intrusión de la moralidad, sino como un sacrificio para la preservación de un vínculo externo. Lo que Tomkins describe es una respuesta ambivalente, «que no se manifiesta con mayor claridad que en el niño que se cubre el rostro ante la presencia de un extraño, pero que también se

asoma entre sus dedos para poder mirar sin ser visto» (Tomkins, 2008, p. 361). La vergüenza nos indica lo que es importante (Probyn, 2005) – aquello a lo que estamos apegadxs – y, como tal, no siempre da lugar tanto a una escisión como a una torsión: en la vergüenza «el cuerpo *se retuerce alejándose* de otros cuerpos y de su propio sentido del yo» (Clancy, 2022, p. 318; énfasis mío). Al cuerpo le resulta difícil desprenderse de los apegos, pero se retuerce mientras lo intenta. La vergüenza distorsiona el espacio psíquico de manera que deshilacha la coherencia del sujeto. ¿Qué se debe hacer entonces con este yo en un impasse, encerrado en sí mismo y estancado?

En el estudio de Strong sobre los usuarios de bancos de alimentos del Reino Unido, los trabajadores y voluntarios utilizan estrategias de cuidado, risa y confesión para mitigar los efectos de la vergüenza. Strong sostiene que trastocar o *interrumpir* la vergüenza es una estrategia para reducir sus efectos negativos en las personas que recurren a un banco de alimentos en el contexto de la austeridad británica, «deformando la vergüenza» para restaurar la agencia y la dignidad del sujeto (Strong, 2021, p. 79). Strong parece reconocer en su ejemplo de la risa que el uso del humor defensivo puede, de hecho, ser una táctica eficaz si el objetivo es rechazar la vergüenza, pero requiere profunda delicadeza: en su artículo cuenta la historia de cómo un usuario del banco de alimentos interrumpió la vergüenza de acudir al banco de alimentos con una broma sobre la distancia que él y su esposa habían caminado para llegar hasta allí. Su broma se burlaba del peso de su esposa, lo que efectivamente transfirió su vergüenza a ella. Este «golpe hacia abajo» contra alguien menos poderoso (O'Neil, 2022) tiene tres efectos: primero, elude la vergüenza al desviar la conversación de su uso del banco de alimentos; segundo, redirige esa vergüenza hacia un defecto percibido en su esposa, rompiendo su vínculo con los sentimientos de ella; tercero, reconcilia el vínculo del hombre con la institución al justificar las incomodidades que implica acceder al recurso. Este escape momentáneo pone distancia entre ambos y reafirma el apego que tiene el hombre a las estructuras de poder y que lxs somete a la vergüenza a lxs dos. En este caso, desviar o distorsionar la vergüenza le brinda un alivio momentáneo al hombre, pero a costa de una relación importante. Para explicar esto con mayor detalle, hay que decir algo sobre el orgullo y la relación que tiene con la vergüenza.

6. ESCAPAR DE LA DICOTOMÍA VERGÜENZA-ORGULLO

Desde el punto de vista afectivo, la relación entre la vergüenza y el orgullo es la de dos polos opuestos de intensidad paralela. «Este eje de vergüenza/orgullo […] a lo largo del cual se extiende nuestro frágil y precario sentido del yo» (Nathanson, 1994, p. 20) también puede conceptualizarse en forma de un pilar: en la parte superior está el orgullo, en la parte inferior, la vergüenza. El orgullo y la vergüenza tienen intensidades afectivas opuestas, pero el orgullo es seguro de sí mismo y está orientado hacia el exterior, mientras que la vergüenza es fundamentalmente consciente de sí mismo y centrada en el interior. A primera vista, parecería que el orgullo es una salida estable y protectora de la vergüenza (Johnston, 2019; Mayer y Vanderheiden, 2019), pero tanto la vergüenza como el orgullo están entrelazados con la exposición al juicio de los demás (Britt y Heise, 2000) y, en el marco de la teoría de los afectos, los dos polos son más similares de lo que son diferentes. Conectados por un eje corto y rígido, es fácil moverse entre estos dos afectos: ante la vergüenza, una persona podría reaccionar a la defensiva, con orgullo; pero, del mismo modo, alguien que se siente orgulloso puede caer del pilar hacia la vergüenza, lo que lo ata aún más fuertemente a su apego. La díada une el orgullo y la vergüenza entre sí en un vínculo magnético. Ninguna de las dos posiciones da cabida a la condición desordenada e incongruente del ser humano. El orgullo, por lo tanto, no es una salida estable de la vergüenza; proteger partes del yo con orgullo puede alejar la vergüenza por un tiempo, pero deja al sujeto en una posición inestable y expuesta.

Es la reciprocidad discontinua[2] la que pone en marcha la vergüenza, y los apegos crueles (Berlant, 2011) de la vida contemporánea bajo el capitalismo neoliberal establecen continuamente relaciones de interés solo para dejarlas marchitarse, si no para romperlas con brutalidad. Podría parecer que el orden económico hegemónico descentralizado del capitalismo neoliberal, denominado «Imperio» por Negri y Hardt (2000), opera con fría indiferencia para reducir la complejidad de la vida a una lógica de ganancia. Sin embargo, los teóricos anarquistas bergman y Montgomery sostienen que el funcionamiento de este sistema es profundamente emocional: «La sujeción del Imperio es cada vez más afectiva: impregna nuestras emociones, relaciones y deseos, propagando sentimientos de vergüenza, impotencia, miedo y dependencia. Hace que las relaciones capitalistas se sientan inevitables y (para algunos) hasta deseables» (bergman, et al., 2017: p. 36). La incapacidad de prosperar a base de promesas vacías, pero también la dificultad para desprenderse, genera apegos divergentes que predisponen al sujeto a la vergüenza. Sin embargo, tener respuestas emocionales ante ese impasse también es fuente de un dilema afectivo: «avergonzar a las personas por estar en contacto con sentimientos de desesperación, rabia, odio, [también] individualiza el sufrimiento» (ibíd., p. 62). Tomarse en serio estos delicados vínculos muestra por qué reivindicarse a sí mismo directamente ante una autoridad – avergonzándola de vuelta – para purgar la injusticia (véase Fanon, 2002) requiere enfrentar una multitud de vínculos que amenazan con atraparte de nuevo. Según Anzaldúa, «Enfurecerse y mirarte con desprecio es enfurecerse y ser despreciativxs con nosotrxs mismxs» (1987, p. 88).

Una política afectiva de resistencia a los vínculos problemáticos, en cambio, no atacaría al capitalismo racial neoliberal imperial en sí mismo, sino *la relación de interés* que atrapa a los sujetos en su órbita, algo a lo que Anderson se ha referido como las «formas de apego» (Anderson, 2022). Esto significa que *el vínculo está ahí*, lo interioricemos o no. La teoría queer, como un enfoque para sobrevivir en los márgenes de la hegemonía, ofrece sabiduría para lidiar con este tipo de problema. Al «restitutir lo que ha sido degradado» a través de rituales de «creatividad de la vergüenza» (Sedgwick, 2003, p. 63), la sanación queer transforma la negatividad de la vergüenza. «Al aceptar los sentimientos negativos en lugar de pasarlos por alto» (2012, p. 3), Cvetkovich postula que es posible sobrellevar el dolor cuando un vínculo no es correspondido (o cuando no se puede romper un vínculo – por ejemplo, la identificación con una categoría hegemónica)[3]. Lidiar con la vergüenza en lugar de rechazarla es necesario para escapar de la atracción magnética de la díada vergüenza-orgullo.

¿Qué constituye, entonces, una vía de escape? En su análisis de la identidad queer árabe, Dina Georgis sitúa la vergüenza no en relación con el orgullo, sino con la esperanza, en un «proceso de formación de la identidad queer árabe [que] es poscolonial: mixto, compleja y hibrido, e inconcluso» (Georgis, 2013, p. 234). Sin reducirse ni a la cultura occidental del orgullo ni a la tradición árabe, sus interlocutores construyen un archivo con sus historias para crear un nuevo campo de la identidad árabe queer en el exceso que se desborda más allá de los límites de ambas[4]. De la tensión creada por la vergüenza surgirá una nueva categoría: ambas categorías ejercen violencia sobre una identidad árabe queer, pero sus interlocutores no renunciarán a ninguna de ellas. La posibilidad aquí es que la comunidad «se invente a sí misma a través de la vergüenza y no en contra de ella» (Georgis, 2013, p. 234). En respuesta al dolor de estar entre categorías, Georgis aboga por aferrarse a la incongruencia. Los sentimientos

[2] En la terminología de la teoría de los afectos, la reducción incompleta de un afecto positivo.
[3] Dado que las características dominantes, corporativizadas y excluyentes de los eventos anuales del ORGULLO en todo el mundo han sido objeto de críticas desde la teoría y el activismo queer, vale la pena destacar los escritos reunidos bajo el lema «Gay Shame», que abordan la experiencia de las personas queer marginadas y proponen una relacionalidad libre de los estándares perfeccionistas y conformistas que se han apoderado del ORGULLO (Halperin y Traub, 2010).
[4] Véase también Johnson, 2001, sobre el «quaring» de los estudios queer o Vega-Dávila, 2025, sobre lo «cuir» como un paraguas de identidades que no encajan.

ambivalentes no se resuelven en este relato, sino que se agrupan en un rechazo inconformista a abandonar vínculos importantes. La conclusión es que prestar atención al dolor de la vergüenza es crucial, porque al mostrar lo que es importante, abre un portal hacia *lo desconocido creativo*: «lo que aún no tiene un nombre ni una teoría, pero *tiene una forma emocional*» (Georgis, 2013, p. 248; el énfasis es mío). Este caso de lo inconmensurable desafía los dictados sobre cómo lidiar con la vergüenza y deja a sus sujetos en un estado creativo de devenir, impulsados por la esperanza de una categoría de identidad que aún no existe. La vía de escape de Georgis, entonces, no es a través del orgullo, sino a través de la esperanza.

En esta sección, he esbozado un espacio psíquico de la vergüenza, mostrando su funcionamiento como una función de los vínculos afectivos, y he analizado enfoques para su resolución, argumentando que enfrentar la vergüenza – en lugar de rechazarla – es crucial para recuperar la agencia. En la siguiente sección, analizo la extensión espacial de la vergüenza a través de las relaciones sociales y cómo la inserción del espacio psíquico en un territorio más amplio es clave para su resolución.

7. EXTENSIONES SOCIOESPACIALES DE LA VERGÜENZA: EL HOGAR Y EL YO

El espacio psíquico tiene una extensión socioespacial (Blum y Secor, 2011). Nuestras identidades están íntimamente entrelazadas con nuestros hogares, nuestras relaciones y nuestro entorno inmediato (Antonsich, 2010; Bachelard y Jolas, 1994; Blunt y Varley, 2004; Brickell, 2012). Ya sea que los hogares sean estables o estén marcados por la violencia, la explotación o la precariedad (Nethercote, 2022; Porteous y Smith, 2001), son un «punto de anclaje de la relación de uno con el mundo» (Simone, 2022, p. 27): nos fijan a un lugar desde el cual tener una perspectiva. Los «objetos» que pueblan nuestros hogares también contribuyen a nuestro sentido de pertenencia e identidad (Dimitrakou y Hilbrandt, 2024). El espacio adyacente al hogar es un espacio de familiaridad (Iturra Muñoz, 2014), crucial para el sentido de pertenencia de las mujeres en la ciudad (Linz y Soto Villagrán, 2022; Secor, 2004). En otras palabras, la subjetividad urbana se deriva de la combinación de un individuo y su ubicación en un entorno inmediato. Para las corrientes feministas latinoamericanas, la intimidad y la energía vital compartida entre el cuerpo y su entorno se entienden como una continuidad: cuerpo-territorio (Cabnal, 2012; Leyva Solano e Icaza, 2019; Naylor et al., 2018; Sweet y Ortiz Escalante, 2017).

Desmantelar el hogar es, entonces, colapsar la energía vital que, juntos, una persona y su hogar crean: un encuentro con el hogar en una forma irreconocible es también un encuentro con una versión irreconocible de nosotros mismos. Al igual que en la vergüenza, encontrarnos con lo íntimo de una manera tan desconocida es una confrontación con energías ambivalentes (Nassar, 2025): la idea de lo que es el hogar, en contraste con la realidad que se nos presenta. Cuando un sujeto se vuelve hacia su interior, lo hace en un esfuerzo por mantener unido algo que quiere separarse, pero la vergüenza «no es muy diferente del duelo, en el que me vuelvo exquisitamente consciente de mí mismo precisamente porque no quiero renunciar al objeto de amor al que debo renunciar» (Sedgwick et al., 1995, p. 138). Un temblor resuena a través del yo y el entorno inmediato. El duelo domina el paisaje emocional del despojo (Rodríguez Aguilera, 2021), no solo en los sitios de extracción de recursos naturales, sino también en la pérdida del hogar en la ciudad (Tomiak, 2023).

Lo que lxs inquilinxs describen sentir al pararse en la banqueta rodeadxs de sus hogares volcados es la exposición de lo más íntimo. Con el interior vuelto hacia afuera, el yo entrelazado y el hogar quedan puestos de relieve en contra de la voluntad del sujeto; la perturbación interna se manifiesta en el rubor. Gloria Anzaldúa llama a la

vergüenza una vulnerabilidad ante el mundo. Tras intentar luchar contra ella – desgajando pedazos de sí misma, cerrándose al mundo, en suspenso, quedándose sola con la vergüenza, manteniéndose ocupada, erizándose, librando una batalla interna (Anzaldúa, 1987, p. 45), encuentra la solución en un ritual para dignificar esa vulnerabilidad: «Recojo las partes astilladas y repudiadas de *la gente mexicana* y las sostengo en mis brazos. *Todas las partes de nosotros valen*» (Anzaldúa, 1987, p. 88). Ella realiza una transformación alquímica con una declaración: «Aquí estamos, desarmadxs y con los brazos abiertos, solo con nuestra magia. Intentémoslo a nuestra manera, a la manera mestiza, a la manera Chicana, a la manera de las mujeres» (Ibíd.). La respuesta de Anzaldúa ante la exigencia de fuerzas divergentes es ignorar el llamado. Al ignorarlo, el yo pierde estructura, convirtiéndose en un montón de «partes fragmentadas y repudiadas» (ibíd.). Conceptualizar el yo como una colección vulnerable de fragmentos permite mantener la ambivalencia de los apegos en un impasse. La exigencia de elegir enciende cada pieza, pero mantener el conjunto sin resolver permite al sujeto distribuir la intensidad afectiva a través del manojo de incoherencias y permitir la coexistencia de sentimientos contradictorios como el dolor y el amor, con la esperanza de que no se sobrecalienten. Al rechazar la exigencia de elegir, este marco permite lazos a los que aferrarse para sostener piezas importantes del yo. El rubor se desvanece.

Los vínculos de todo tipo se arraigan en el sujeto. Pero cuando este arraigo no resulta extraño ni sorprendente, ¿qué sucede?[5] Las siguientes secciones exploran esta espacialidad y resolución afectiva en escenas de desalojo en la Ciudad de México. Lo que dejan claro las mujeres que entrevisté es que, con la aceptación, la vergüenza parece disiparse, permitiendo que el entusiasmo vuelva a instalarse.

8. METODOLOGÍAS PARA ESTUDIAR LA VERGÜENZA: ENTREVISTAS GRUPALES ÍNTIMAS

Basándose en una investigación cualitativa realizada en la Ciudad de México entre 2018 y 2021, este artículo incluye citas directas de dos entrevistas grupales con seis mujeres, contextualizadas en diez entrevistas con inquilinos (doce interlocutores en total: nueve mujeres y tres hombres) que se enfrentaban a un desalojo o lo habían sobrevivido. Como parte de un proyecto más amplio sobre el desalojo en la Ciudad de México, se beneficia indirectamente de más de treinta entrevistas adicionales con activistas por la vivienda, funcionarios y miembros de la comunidad, así como de cientos de horas de observación participante con la Red de Desalojados, otros grupos activistas, eventos públicos, reuniones gubernamentales y conversaciones informales antes, después y durante las reuniones semanales de la Red de Desalojados.

Mi enfoque para estudiar el afecto ha consistido, en gran medida, en utilizar métodos etnográficos tradicionales y preguntar a las personas sobre sus sentimientos, así como en observar sus acciones y gestos, con la sensibilidad hacia las fuerzas sutiles que aportan los métodos feministas y afectivos. En los últimos años, importantes textos metodológicos para el estudio del afecto han propuesto nuevos enfoques (Barnwell, 2022; Coleman y Ringrose, 2013; Knudsen y Stage, 2015; Seigworth y Pedwell, 2023), entre los que se incluyen la sintonía para percibir el afecto, la lectura textual en busca del afecto, la creación de escenarios experimentales para generar afecto y la escritura afectiva. Sin embargo, existe un silencio relativo sobre cómo se puede concebir y adaptar el uso de métodos cualitativos más tradicionales, como las entrevistas, al estudio del afecto como objeto de investigación.

[5] La teoría de los afectos podría referirse a esto como la reducción completa, en lugar de incompleta, de un afecto positivo (Tomkins, 2008, p. 118)

El afecto surge tanto internamente como en el espacio entre las personas, rebasando los límites de la persona y manifestándose en atmósferas de diversas escalas; por lo tanto, realizar entrevistas con un número reducido de personas – como sugiero aquí – crea un entorno para estudiar el afecto, tanto en el momento en que surge y se siente, como una forma de hablar de lo que es difícil de articular.

Este artículo propone lo que denomino *entrevista grupal íntima* como un espacio para estudiar las dinámicas interpersonales de los afectos y, en particular, de los afectos sensibles como la vergüenza. Este proyecto no se propuso estudiar la vergüenza específicamente, sino que se tropezó con ella sin intención, mientras se realizaban entrevistas con miembros de la familia en sus hogares. Este enfoque surgió al aprender de las condiciones de campo; respondí a los deseos de las personas de definir las condiciones en las que les gustaría ser entrevistadas, y cuando algunas de ellas sugirieron conversaciones con otros miembros de la familia en casa, seguí sus indicaciones.

A diferencia de un grupo focal, que busca desentrañar diferencias a través de una discusión guiada (Roulston, 2010), la entrevista grupal íntima con grupos formados de manera natural (Frey y Fontana, 1993) utilizó una estructura narrativa abierta – en torno a la historia del desalojo, con mucha libertad para que las historias personales tomaran el rumbo que las interlocutoras quisieran o necesitaran (Hollway y Jefferson, 2000). Esto creó un espacio seguro y cómodo para que las personas hablaran de experiencias delicadas o difíciles (véase también el uso que hace Jen Jack Gieseking de las entrevistas grupales [Gieseking, 2020]). El formato íntimo de la entrevista grupal proporcionó un entorno ideal para percibir la espacialidad de la vergüenza como un afecto que habita los espacios íntimos de las relaciones cercanas. Como afecto, la vergüenza es fundamentalmente *tanto* personal *como* social. En este estudio, este formato colectivo de pequeño tamaño extrae la experiencia de la vergüenza de manera distinta a como lo harían las entrevistas individuales; creó una oportunidad para identificar el afecto tal como se manifiesta entre las personas, en el espacio compartido del diálogo y el lenguaje corporal, arraigado en cada miembro del grupo pero a la vez excediéndoles. La intimidad del grupo pequeño proporcionó las condiciones para que se formara una atmósfera (Anderson y Ash, 2015), una atmósfera que ofrecía cierta seguridad para explorar la incomodidad, y tanto para sentarse con, como para poner en palabras aquello que a menudo es difícil de tolerar y articular. Con el apoyo de un ser querido, lo que a una persona le resulta difícil ver o expresar también podía ser completado por otra, y los sentimientos compartidos de vergüenza podían abordarse más fácilmente y explorarse más a fondo que cuando se está sola, lo cual se hizo evidente cuando las entrevistadas intervenían para hacerse eco unas de otras, enfatizar un punto, afirmar (¡ajá…) o reírse juntas. El espacio compartido de la entrevista también fue el lugar donde los lazos tensos entre unas y otras y partes del yo pudieron – y de hecho fueron – reforzados. Conceptualmente, esto me llevó a ver conexiones con los escritos teóricos sobre la vergüenza como una función de los apegos, ya que estos se hicieron visibles y relevantes alrededor de una mesa de entrevista compartida. Estas observaciones invitan a una investigación más profunda sobre los entornos grupales para estudiar el afecto en general y la vergüenza en particular.

Las entrevistas se realizaron en español, se grabaron, se transcribieron y la autora las tradujo al inglés. Para hacer una breve aclaración sobre la terminología, las personas utilizaron las palabras «vergüenza», «humillación» y «pena», que en México pueden traducirse al inglés como «embarrassment», «humiliation» y «shame» o «pity». Sin embargo, estas palabras en sí mismas no aparecieron con frecuencia en las conversaciones. Más que nombrar un sentimiento como tal, los relatos de las personas recorrían el contorno de sus experiencias: el impulso de

cubrirse, el miedo al rechazo, las lágrimas que brotaban, la tensión en los hombros y lo que sucedía después de que esos sentimientos pasaban: un entusiasmo por la conexión, el pragmatismo y la reincorporación al yo con una apertura del pecho y la relajación de los hombros. Reconozco que los problemas de traducción, especialmente con conceptos tan cargados emocionalmente como la vergüenza, son enormes (Janin, 2003), y presento este artículo no como un relato definitivo, sino como una invitación a seguir conversando sobre la espacialidad psíquica de la vergüenza. Si bien este artículo propone una teoría espacial de la vergüenza, también soy consciente de que surge de un escenario concreto: aquí la vergüenza surge a través del apego afectivo al hogar y se interpreta a través de literaturas específicas. Por lo tanto, el artículo es una invitación a profundizar y ampliar la comprensión de la vergüenza mediante relatos de otros entornos, utilizando otros vocabularios teóricos o surgiendo desde perspectivas diferentes.

9. SORPRESA, VERGÜENZA Y DOLOR EN UNA ACERA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

En la Ciudad de México, el desalojo repentino del hogar mediante desalojos forzados ilegales toma por sorpresa a lxs inquilinxs, generándoles vergüenza. La ilegalidad de estos desalojos suele ser de carácter procesal: se avisa poco o nada a los residentes, se registran nombres incorrectos, se presentan documentos inadecuados en los expedientes judiciales, los desalojos se llevan a cabo fuera del horario permitido (por ejemplo, temprano en la mañana) o se desalojan más departamentos el día de la ejecución de lo que figura en el expediente judicial. La queja más común es la falta de un aviso con la antelación adecuada. Muchas veces, lxs inquilinxs no saben que están siendo desalojadxs hasta el momento en que ocurre. Incluso lxs inquilinxs familiarizadxs con el proceso de desalojo y que esperan que un desalojo pueda estar en curso se sorprenden al escuchar un golpe en la puerta una mañana y encontrarse con un actuario (un funcionario que ejecuta un desalojo) acompañado de un gran número de policías reunidxs en la calle para sacarlxs de sus hogares y depositar sus pertenencias en la banqueta. En ese momento, lxs inquilinxs se sorprenden al darse cuenta de que sus esfuerzos por quedarse han fracasado, y son testigxs de cómo sus hogares son desmantelados y depositados en la banqueta con diversos grados de violencia (Escoffie, 2023; Gilet, 2018; Gilet y Álvarez, 2023).

La intrusión de las autoridades en el hogar de una persona para sacarla a ella y a sus pertenencias convierte algo familiar en algo extraño y reorganiza las piezas íntimas del yo. Cuando se desaloja a las personas en la Ciudad de México, puede ser un momento muy desorientador porque es posible que se les muestren o no los documentos de desalojo. A veces se les entrega un documento y es la primera vez que ven algo de su expediente judicial. Otras veces se les muestra un documento, del cual toman fotos, pero no se les permite quedárselo. A veces el documento que se les muestra no tiene nada que ver con el desalojo, y en ocasiones no se les muestra nada, pero de todos modos son expulsados por la fuerza (Gilet y Álvarez, 2023). A lxs inquilinxs no se les acompaña a salir; son expulsados de su espacio por el poder del estado. El número de agentes de policía citado por los medios locales y confirmado por los participantes de mi investigación suele ser de cientos para el desalojo de uno o varios departamentos en un edificio. Frente a tal demostración de fuerza, hay poco espacio para la resistencia.

En un desalojo, el hogar – la estructura que la persona había construido para sustentar su vida en la ciudad – no pudo mantenerse en pie. ¿Qué sucede cuando el yo y el hogar son deshechos por una fuerza externa? Para Gaby (38, secretaria escolar) y Jazmín (29, estudiante), quienes vivían juntas en una calle concurrida del centro de la

ciudad con sus madrinas, Paula (la mamá de Gaby, de unos 60 años) y Gloria (la abuela de Jazmín, de unos 70 años) y dos perros, ver cómo los cargadores (trabajadores contratados) llevaban sus pertenencias a la banqueta acordonada fue un gran impacto que desestabilizó a Gloria:

> **Gloria:** En ese momento perdí el sentido… Ya no sabía ni qué… Como dos días aduve todo idiota.
>
> **Paula:** No sabe ni a donde se quedó.
>
> **Gloria:** No me acuerdo donde me había quedado. ¡De verdad, me perdí!
>
> **Entrevistadora:** ¿Tienen lapsos de memoria de ese día?
>
> **Gloria:** Sí.
>
> **Jazmín:** Explica más de lo que te sentiste.
>
> **Gloria:** Ay, ¿qué sentí? ¡Nada! ¡No pensaba yo, todo se me borró! ¡No sabía ni qué! ¡Nada más daba vueltas! Nada más subía y bajaba con los cargadores.
>
> **Entrevistadora:** ¿Como un caos? ¿Cómo se sentía?
>
> **Todas:** Sí, sí, sí.
>
> **Paula:** Sí. Loqueó.
>
> **Gloria:** Sí. Estaba yo loqueada.

En la banqueta, la persona lucha por entender por qué su hogar no ha cumplido con su deber habitual de brindarle seguridad y protección. En un «choque cognitivo» (Tomkins, 2008, p. xviii), la inquilina mira a su alrededor y ve lo que deberían ser sus objetos íntimos y familiares mirándola a su vez, pero están desorganizados, reordenados, le resultan desconocidos: la inquilina se encuentra «de repente observada por alguien extraño» (Sedgwick et al., 1995, p. 135). Ante este reconocimiento erróneo, se vuelve hacia su interior para comprender lo que ha sucedido, debatiéndose entre el apego a la idea de hogar y el anclaje a la realidad, donde el hogar está desmoronado. La inquilina intenta suavizar esta ondulación en el tejido de la realidad.

Las personas también describen una necesidad imperiosa de salir del centro de atención lo antes posible. Mientras se lleva a cabo un desalojo, lxs residentes describen «la vergüenza de "*¿Cómo van a estar tus cosas afuera*?"». El desalojo, entonces, también genera vergüenza, que surge de ofender a quien observa (Johnston, 2019, p. 219). Cuando las vidas de lxs inquilinxs quedan expuestas de esta manera, es frente a lxs conocidxs casuales del vecindario que hacen que una calle se sienta como un hogar. Experimentar esta desintegración frente a ese público hizo que la misma familia quisiera cubrirse, desaparecer:

> **Jazmín**: Sabes que, algo que se me inundaba en ese momento: la gente va a ver que estás ahí. Entonces era como: *«Llévate todo que nadie nos vea…»*
>
> **Gaby:** Ajá… (asintiendo)
>
> **Jazmín:** (con entusiasmo) *«¡Vamos, ya desaparece de aquí!»*

Gaby: Ajá…

Jazmín: Ajá.

Gaby: (haciendo un gesto de tapar) *«¡No pasa nada!»*

Estar ahí afuera, rodeadas de sus pertenencias, les provocó una necesidad de recogerlo todo y salir corriendo. Gaby y Jazmín solían sentir tranquilidad, comodidad, pertenencia y un sentido de propiedad de este lugar. Se sentían seguras e integradas entre sus vecinos. El hecho de que, de repente, sus vidas quedaran expuestas y llamaran la atención rompió con las identidades vecinales que habitaban, desarraigándolas de su lugar en el entorno inmediato.

En la expulsión dispersa de las pertenencias de una persona a la banqueta, la vergüenza se genera a través del espacio: crea nuevas espacialidades del yo en relación con diversos vínculos: fragmentos del yo, del lugar y del colectivo. La vergüenza fragmenta algo que antes era continuo (Johnston, 2019). El efecto de esta desintegración y exposición es individualizar al inquilino desalojado, encogerlo sobre sí mismo, arrancarlo de su lugar, despojarlo del poder que obtiene de su conexión con su entorno inmediato y tensar o fracturar los lazos sociales. Para Gaby, Jazmín, Paula y Gloria, destacar aquí es estar en una relación extraña con un lugar familiar: las impulsó a cubrirse e intentar desaparecer. Volverse contra uno mismo de esta manera es una estrategia para preservar el apego a su lugar en la comunidad.

El choque cognitivo se apodera del yo: a veces, cuando sentimos el rubor de la vergüenza, nos toma por sorpresa, revelando nuestro propio interés, no reconocido (Probyn, 2005). En el desalojo, se niega el apego al hogar estructurado, lo que obliga a reconsiderar la situación, y la renuencia del inquilino a aceptar esta realidad desorganizada revela un interés persistente (en el sentido tomkinsiano, de una esperanza de reciprocidad) en una cierta idea de hogar. Una respuesta de vergüenza ante la negación de la reciprocidad toma la forma de un giro hacia el interior para hacer las paces con ese apego. Las descripciones de confusión y pérdida al enfrentar esta convulsión coinciden con las descripciones de la vergüenza como algo insondable, o como el duelo por dejar ir un objeto de amor. Sin embargo, no todo está perdido. En este encuentro con lo extraño, con la vacilación «de renunciar al objeto, la emoción puede abrirse paso y desplazar a la vergüenza en cualquier momento» (Tomkins, 2008, p. 361), lo que significa que aquí yace una oportunidad subestimada: el sujeto solo se desprende a regañadientes, de manera incompleta, y está listo para reparar el daño a la primera oportunidad.

10. LAS MATERIALIDADES DE LA VERGÜENZA, O EL PESO INSOPORTABLE DE LOS OBJETOS ABYECTOS

El impulso de desaparecer de la escena también tiene un costo material: trasladar repentinamente las posesiones materiales de una familia requiere una movilización significativa de recursos. Incluso una vivienda modesta puede esconder una gran cantidad de objetos, y los más voluminosos suelen ser los más útiles para las actividades esenciales de la vida cotidiana. En un instante, hay que tomar decisiones sobre qué salvar y cómo hacerlo. En este momento, la importancia a mediano plazo se enfrenta a la facilidad de reemplazo y a la logística: los artículos que la gente suele dejar atrás son grandes, reemplazables y difíciles de almacenar, como camas, estufas y

refrigeradores,[6] pero estos causan complicaciones inmediatas que perduran a mediano plazo. Escuchemos nuevamente a Gaby, a Jazmín y a la abuela de Jazmín, Paula:

> **Gaby**: (Riendo) De hecho, tiramos todos los muebles.
>
> **Gloria:** Dejamos todo, la estufa refrigerador a la basura.
>
> **Jazmín:** Camas, las bases de cama.
>
> **Paula:** (Enfatizando) Todo, todo, todo.

¿Qué guardar y qué tirar? La necesidad de deshacerse de «todo, todo, todo» tiene un aire de fatalismo, impulsada por el deseo de escapar o de «acabar de una vez con todo». Al menos, deshacerse de todo ello proporciona cierto alivio, tal vez, ante la sensación de agobio que produce la repentina toma de conciencia de lo material de la vida, al filtrar las fuentes menos importantes de sufrimiento – ese giro que tal vez realmente conduzca a la libertad (Clancy, 2022). En otro edificio, donde los inquilinos fueron desalojados en oleadas sucesivas, los vecinos que se marcharon expresaron su deseo de dejar atrás este suplicio a cualquier precio. En una conversación con Irma (enfermera, 63), una de las residentes que se quedó:

> **Irma:** Entonces muchos vecinos decíamos: *«¿Van a regresar?»*. Y *«No, no»*, dijeron, *«ya no quiero nada de aquí. No, ya no, no quiero ni necesito pelear nada mío, me voy»*.

Estos inquilinos dejaron un montón de pertenencias en la banqueta y montones de alimentos no perecederos y objetos diversos en cada departamento. Al igual que en el caso de Gaby, querían dejar sus muebles en la calle, sin esperar recibir dinero a cambio. Cuando los pepenedores se acercaron a preguntar por los artículos, los residentes desalojados respondieron: *«Llévatelo, o sea, llévatelo si te sirve»*. Estar afuera rodeado de tus pertenencias genera una sensación de pesadez, no solo por su peso material. No puedes cargarlo todo a la espalda: necesitas gente. Necesitas vehículos. Necesitas dinero. Y necesitas un destino. Pero todos estos objetos se te pegan. Irma me cuenta, sacudiendo la cabeza: *«Cuando te desalojan, te sientes humillado, pisoteado, como si te sintieras muy pequeño»*. Frente a su montaña de pertenencias, los inquilinos se sienten empequeñecidos. ¿Por qué? El hogar desmantelado yace en forma de montones en la banqueta, sin cumplir ya ninguna función más que la de peso muerto. Los objetos son ahora abyectos: simbolizan esperanzas frustradas (Kristeva et al., 2010).

En la acera, lo absurdo de un refrigerador es indescriptible, y la negativa a relacionarse con los objetos despreciados es el yo, vuelto hacia adentro: evitar la exposición, rechazar los objetos – qué tontería depositar esperanza en ellos, podría pensarse. Organizar una mudanza de esta magnitud es complicado, pero superar esta respuesta de vergüenza, aferrarse a los apegos y hacerlo por objetos abyectos un día laborable a las 7 de la mañana es aún más difícil:

> **Jazmín:** No teníamos bases de cama porque las dejamos tiradas porque que era MUY pesado cargarlos. Era madera de la pesada. O sea, era muy difícil. O sea, sí (asintiendo y pareciendo dar la razón), estaban con nosotros mis

[6] Por lo general, las viviendas de alquiler en la Ciudad de México no incluyen electrodomésticos

> hermanos, la pareja de mi mamá, las novias y todo eso, pero no fue tan fácil para la novia de mi hermano y yo cargaramos una cama, una base de cama (de madera pesada).
>
> **Gaby:** Y que no sabíamos adónde íbamos a ir.
>
> **Gloria:** (Interrumpiendo) ¡Y adónde vamos!

Incluso con la ayuda de familiares, la falta de un destino claro puede hacer que la logística de recoger las pertenencias resulte demasiado abrumadora en el momento de partir. Y, sin embargo, no hacer un esfuerzo mental para encontrar la manera de llevarse los artículos domésticos grandes y útiles tiene un costo:

> **Gaby**: Lo que nos dolió mucho fue el refri. No era nuevo, pero tampoco era viejo. Aquí llegamos sin refri, no esperamos casi tres meses. Tuvimos que hacer inventos, ¿sí?
>
> **Jazmín:** Y pues al principio teníamos que comprar comida en la calle porque aquí no había gas aquí por ejemplo… y pues en lo que conseguías el número del camión que viene a poner el gas…etc. Entonces comías tacos… Conocimos todo lo que vendían aquí… jajaja (todas se ríen) tengo hambre y pues vamos a buscar qué hay, entonces salímos a caminar y ver qué se vendía, aquí venden tortillas, etc. (gesticula de un lado a otro)

Al no saber dónde guardar el refrigerador, Gaby y su familia lo dejaron ahí y estuvieron sin refrigeración durante tres meses, a un costo considerable. El dinero perdido por el refrigerador, el dinero gastado en comprar uno nuevo y el dinero gastado en comida para llevar durante esos tres meses se acumulan. Pero, desde la banqueta, les resultaba imposible imaginar cómo conseguir transporte y un lugar donde guardar un electrodoméstico tan grande.

Estos apegos son pesados; su peso desgarra las costuras del sujeto mientras intenta rescatar fragmentos de su vida, sentimientos de pertenencia y la esperanza de un desenlace positivo, pero es difícil lidiar con esa tensión contradictoria. ¿Qué es lo que la gente salva si no son los artículos esenciales y voluminosos? Para esta familia, lo que se salvó fue, más que nada, lo que tenía valor sentimental. Además de los documentos importantes que son difíciles de reemplazar, se enfocaron en las pertenencias que tienen un significado personal. A pesar de su tamaño, por ejemplo, Gloria insistió en salvar la mesa del comedor. Preparar comida y reunir a la gente alrededor de esta mesa le da una gran alegría. Durante nuestra entrevista nos sentamos alrededor de esta mesa, y Gloria sonreía radiante mientras hablaba de salvarla, extendiendo sus brazos sobre su superficie mientras hablaba. Objetos como la mesa son símbolos de identidad y pertenencia que ayudan a las familias a sobrellevar el dolor emocional del desalojo al recordarles quiénes son (Dimitrakou y Hilbrandt, 2024; Harris et al., 2019). Los objetos significativos fueron especialmente importantes para Gloria (la mayor de la familia), quien sufrió durante meses hasta que finalmente comenzó a desempacar sus objetos personales y a colocarlos a la vista. Este fue el punto de inflexión para ella: cuando se vio reflejada en su nuevo espacio. La asociación de la vergüenza con la indignidad y la derrota significa que mantener el apego a los objetos sentimentales ayuda a recordar a una persona quién es y qué valora. Al encontrarse de repente en un nuevo espacio, en un nuevo vecindario – rodeados de recordatorios de que no

están en casa, los inquilinos se reviven a sí mismos a través de recordatorios materiales de quiénes son y qué valoran.

11. EL PAPEL DEL OTRO EN LA RESTAURACIÓN DE LA RELACIÓN CON UNO MISMO

Para Gaby, el día de su desalojo, la conmoción al ver su hogar deshecho y la sensación de estar expuesta y fuera de lugar en la acera no fueron el fin de su vergüenza. Hasta el día en que la echaron, Gaby había estado trabajando en nombre de su familia para evitar un posible desalojo a través del grupo contra el desplazamiento, la Red de Desalojados. Había estado presentando documentos para obtener un amparo en caso de que el propietario intentara desalojarlos. Cuando llegó la policía la mañana en que los echaron, ella ya estaba en el trabajo. Recibió una llamada de su familia y describe la vergüenza que sintió por no haberlo previsto:

> **Gaby**: Ten en cuenta que mi preocupación eran mi mamá y mi madrina... (empezando a llorar), porque sentía que las había decepcionado. Pero cuando las vi abajo tan... enteras... o sea toda mi familia la vi entera, entonces eso me dio animos. Porque no. Yo sentia que me iban a decir *«te lo dije»,* ¡pero no! todas bien animadas y echandole ganas […]
>
> Yo creí que las iba a encontrar locas. Mi mamá y madrina van a estar locas. Pero cuando las vi enteras, o sea, ¡super!, así como, ¡pos ya! (ríe un poco mientras se le pasan las lagrimas) O sea, aún todas las cosas tiradas y todo, yo dije *«están bien»...* en ese momento era *«¿Qué voy a hacer?»,* ¿No? Entonces ya en camino venía haciendo llamadas, les dije a mis compañeros profesores porque trabajo en una escuela.
>
> Se me quitó la pena (así de simple). Y pedí ayuda: *«Por favor, ayúdenme»*. Llamé a otros amigos: *«Traigan bolsas, por favor, porque mis cosas están tiradas, literalmente»*. Contacté a un maestro que tenía un camión de mudanzas y me dijo: *«Voy para allá enseguida».* Y otro amigo llamó a otro camión. Mi idea era: *«Vamos a recoger todo lo que podamos y a tirar los muebles».*

Dado que sus esfuerzos no lograron evitar el desalojo, Gaby estaba dispuesta a renunciar a una parte de sí misma durante la llamada, pero no tuvo que hacerlo. La vergüenza es un afecto singular por ser, a la vez, profundamente relacional y profundamente personal. Es el interés por el otro lo que impulsa al individuo a volverse hacia su interior, a retorcerse o a prepararse para desprenderse de una parte valiosa de sí mismo si fuera necesario. En este caso, Gaby se ve jalada en dos direcciones, hacia dos vínculos distintos: por un lado, hacia su familia y, por el otro, hacia esa parte de sí misma que intentó salvar el hogar. Fue la aceptación por parte de su familia lo que le permitió conservar aquella faceta suya que se había esforzado al máximo – con todos los recursos a su alcance – por evitar el desalojo, aun cuando dicho esfuerzo no hubiera dado resultado.

Al sostener los fragmentos astillados del yo (Anzaldúa, 1987), el proceso de «desavergonzar» los vínculos con estructuras que nos dañan forma parte de la labor de la «creatividad de la vergüenza» (Sedgwick, 2003), que se despliega hacia algo que trasciende el orgullo (Georgis, 2013). Sostengo que, en los planos político, social y psíquico, resulta imperativo que el hecho de avergonzarla por el fracaso cobre menos relevancia que valorar los dones de Gaby y fortalecer los lazos cuando sus esfuerzos no prosperan. Este cambio no se logró arremetiendo contra el poder, ni desviando la vergüenza o deformándola. Más bien, la familia de Gaby disolvió la vergüenza dejándola estar, cuidando aquella parte del yo que alberga el vínculo; permitieron que la vergüenza se marchitara al restarle prioridad. Al demostrarle que la necesitaban, la familia ayudó a Gaby a reconectar con los demás y consigo misma. Esto le permitió superar la reacción de vergüenza para dar paso a la conexión, la confianza y la acción práctica. En palabras de Gaby: *«Se me quitó la pena».* Incluso al hablar de su vergüenza, su pragmatismo eliminó cualquier necesidad de vacilar más. El resultado es brillante, humilde, mesurado y maduro: es posible que la familia dejara a un lado la frustración, el miedo e incluso la ira al abstenerse de decir *«te lo dije».* No exigir cuentas a Gaby por un fracaso comprensible fue un acto de cuidado que le abrió el camino para recuperar su capacidad de agencia. Gaby pasó de la vergüenza a la indiferencia y, en ese estado, la intensidad disminuyó; se liberó de presión a esa parte de Gaby que lo intenta y fracasa.

Lo poderoso de este matiz es que, si la familia hubiera defendido los esfuerzos de Gaby – rechazando la vergüenza o devolviéndola a su origen, ella podría haberse aferrado con fuerza a la estrategia fallida, derivando, en el plano afectivo, en un rechazo dirigido hacia el exterior – hacia el Estado, los propietarios o incluso la Desalojados que la asesoraba, lo que habría conducido a una compresión espacial hacia una forma pequeña y rígida. Tal respuesta habría sido totalmente justificable, pues la ira es, innegablemente, una poderosa herramienta política (Sloterdijk, 2010). Una respuesta afectivamente similar – pero opuesta – sería avergonzar o culpar a Gaby por haber fracasado; ante esto, ella podría reaccionar a la defensiva y aferrarse con más fuerza a su empeño por evitar el desalojo, lo que derivaría en un conflicto con su familia, o bien podría sentir vergüenza de esa faceta suya, inteligente y audaz, que tanto se esforzó por comprender el sistema, tramitar documentación compleja y hallar la manera de defender su hogar frente a las fuerzas del desarrollo inmobiliario. Sin embargo, la estrategia de suavidad de su familia cumple una función importante que merece atención. Retomando la idea anterior sobre el desapego incompleto y cómo el entusiasmo puede abrirse paso para restablecer la conexión, el hecho de que la familia de Gaby se centre en otros asuntos (y muestre indiferencia ante algo que podría ser muy delicado) le permite a ella cambiar de rumbo. «Una de las consecuencias paradójicas de la vinculación entre el afecto positivo y la vergüenza es que ese mismo afecto positivo que une al yo con el objeto también lo une a la vergüenza» (Tomkins, 2008, p. 362). Esto significa que el interés por conservar el hogar está ligado a una parte del yo, pero también existe un vínculo entre el yo y la respuesta de vergüenza – una espiral de sentirse cohibido por el hecho de sentirse cohibido – constituyendo una «escena de apego» (Anderson, 2022) evocada por la amenaza de desprenderse del objeto. No obstante, eliminar la exigencia de elegir anula la amenaza y ofrece alivio mediante la indiferencia; esta indiferencia permite que la intensidad de la escena se disipe a través del yo, facilitando que el entusiasmo se canalice en una nueva dirección (Linz y Secor, 2021). Es una intensidad afectiva modulada y redirigida. Como demuestra Anzaldúa, esto puede lograrse en solitario, pero considero revelador que la reparación de la vergüenza a través de las relaciones con otras ofrezca un punto de inflexión especialmente eficaz. La irrupción del otro actúa como una mota de polvo – pequeña pero poderosa – que reconfigura el espacio psíquico (Secor, 2025); desactiva la respuesta de vergüenza y reorienta al sujeto hacia la conexión, la agencia y la agilidad al desviar la atención de aquellos

apegos cuya ruptura resultaría intolerable. Es algo así como ofrecer unos brazos para sostener fragmentos dispersos.

12. CONCLUSIÓN: UNA PRÁCTICA ESPACIAL RELACIONAL PARA DESACTIVAR LA VERGÜENZA

Cada año, el torrente de desalojos arrastra a la periferia a miles de personas de una Ciudad de México en proceso de gentrificación, y la vergüenza las apresura a reaccionar de formas que causan daño personal y comunitario, y además contribuye a mantener en la sombra el fenómeno del desplazamiento. A partir de la literatura reciente sobre la desarticulación del hogar y el desplazamiento – que subraya los matices de la «violencia encubierta» del desalojo (Salmon, 2021), este artículo aporta a los estudios urbanos sobre el desplazamiento al destacar el papel activo de la vergüenza en dicho proceso. Se reconoce que el desalojo es una experiencia traumática que, con frecuencia, opera mediante una violencia sutil. El efecto individualizador del desalojo representa un desafío importante para los movimientos de resistencia. Dado que la vergüenza repliega a las personas sobre sí mismas, constituye una barrera para la organización colectiva; si bien algunos movimientos han logrado superar este obstáculo, resulta menos claro qué sucede en el tránsito entre ese repliegue interno y la re-apertura hacia lo colectivo. Este artículo intenta ofrecer respuestas asomándose a la brecha entre tales estados psíquicos opuestos y escudriñando cómo opera la vergüenza para facilitar el desalojo y distanciar a los inquilinos tanto de sí mismos como de otras personas con experiencias similares.

Partiendo de la situación concreta del desalojo residencial, el artículo dialoga también con las geografías emocionales propias de los estudios urbanos sobre el desplazamiento. Tomando como punto de partida la relación íntima que las personas mantienen con sus hogares – entendidos como extensiones del propio ser, se propone aquí una teoría espacial de la vergüenza que considera su materialidad y su funcionamiento en relación con los vínculos, tanto internos como externos al individuo. Al desplazar la vergüenza de su posición subordinada frente a otros elementos e ideales sociales – propia de la psicología moral – y reconfigurarla espacialmente en función de vínculos ambivalentes, este marco geográfico abre paso a la posibilidad de movimiento. La ruptura de los vínculos afectivos – ya sean con partes del propio ser o con objetos e ideas externos – desencadena un repliegue interno motivado por la vergüenza; este no busca el autocastigo, sino afrontar el modo de preservar un vínculo externo. Aceptar la vergüenza y negar partes de uno mismo permite conservar intacto un vínculo externo, pero la idea de cercenar algo en lo más profundo del ser resulta idealista y poco realista. Romper un vínculo para preservar el propio ser es también una estrategia tentadora, aunque, en última instancia, arriesgada. El orgullo – como imagen especular de la vergüenza (Johnston, 2019) – resulta gratificante, pero la distancia entre orgullo y vergüenza es tan breve como el grosor del espejo. En el espesor del vidrio, este artículo demuestra que hay espacio para un paisaje emocional más caótico, incoherente y relacional. Propongo que se logra una respuesta más duradera ante la vergüenza mediante una flexibilización de la díada vergüenza-orgullo. En las condiciones adecuadas, lidiar con la vergüenza – en lugar de sucumbir a ella o huir de ella – calma y revitaliza los vínculos. Esto abre el espacio comprimido, restaura la conexión con fragmentos del yo, libera a los objetos de la abyección para devolverles su vitalidad, suaviza los muros gruesos y propicia que vuelva a florecer el entusiasmo del sujeto.

Desde una perspectiva política, la vergüenza es devastadora: la alienación que provoca respecto al yo y a la comunidad empuja eficazmente a personas dignas hacia una subjetividad marcada por la tristeza (bergman et al.,

2017) o amenaza con acumular amargura y desembocar en una explosión de ira y violencia contra un sistema implacable (Fanon, 2002; Sloterdijk, 2010). Partiendo de la concepción geográfica de la vergüenza antes mencionada, y a la luz de las teorías de los afectos, queer y poscoloniales, este manuscrito busca diversificar el pensamiento político sobre la vergüenza y ampliar el repertorio de herramientas para reflexionar sobre qué hacer con ella (Georgis, 2013; Johnson, 2001). Plantear diferentes estrategias políticas no implica necesariamente descartar el rechazo o el desplazamiento de la vergüenza, sino considerar estratégicamente un abanico más amplio de respuestas posibles: generar rigidez o flexibilidad *según convenga políticamente* a una situación dada supone atender al rebote de la vergüenza en el seno de un colectivo social que resiste la violencia hegemónica, así como comprender mejor el impulso de romper vínculos para aliviar el malestar que provoca la vergüenza. Por consiguiente, estas aportaciones proponen un vocabulario para analizar la vergüenza cuando esta se instrumentaliza políticamente. El objetivo subyacente es reflexionar a fondo sobre cómo las políticas afectivas desde los márgenes pueden contribuir a debilitar la primacía del poder hegemónico (Gibson-Graham, 2006). Si bien puede resultar catártico o estratégicamente oportuno atacar al poder – golpeando hacia arriba, contraatacando, purificándose mediante la violencia y endureciéndose en el orgullo, o huyendo de la vergüenza y dejándolo todo atrás–, estos hallazgos revelan la existencia de otra estrategia posible.

La vergüenza opera como una herramienta silenciosa de la hegemonía, y el presente artículo constituye un alegato contra la exigencia de coherencia que alimenta el poder de dicha emoción, induciendo al sujeto a elegir entre vínculos divergentes. El aislamiento respecto a los demás y las dudas internas son efectos devastadores de la vergüenza, pues erosionan desde dentro la capacidad de agencia y la solidaridad. Propongo una teoría espacial de la vergüenza que concibe este afecto como una configuración dinámica de vínculos, animada por intensidades. Este marco ofrece un nuevo vocabulario político en el que la vergüenza puede desactivarse mediante la reconfiguración de las relaciones de apego. Se trata de una estrategia relacional para disipar la intensidad inherente a las «escenas de apego» a la hegemonía (Anderson, 2022). Tal disipación abre al sujeto hacia lo social tras haber sido separado por la vergüenza y debilita el control que los órdenes hegemónicos ejercen sobre los individuos, permitiendo al mismo tiempo que resurjan rápidamente aquellos vínculos que la vergüenza solo había logrado reprimir a regañadientes (véase Tomkins). Resolver la vergüenza desde una perspectiva relacional puede atenuar la intensidad de la díada cargada de tensión que forman la vergüenza y el orgullo, y transmutar la respuesta de vergüenza en un campo de interés más amplio, brindando el sostén necesario para integrar los fragmentos del yo y resistir las tentaciones de la coherencia (Anzaldúa, 1987). Puede que este enfoque no ofrezca un cierre definitivo ni coherencia, pero convoca de nuevo la energía vital, tan crucial para los movimientos colectivos.

AGRADECIMIENTOS

Hay textos que se escriben solos, pero este no fue uno de ellos. Requirió cuatro años y la paciencia de todas las personas que se mencionan a continuación. Agradezco a las mujeres que confiaron en mí para compartir sus historias y comentaron una versión preliminar de este texto, así como a Alejandro De Coss, Anna Secor, Araby Smyth, Carlos Acuña, Carrie Mott, David Seitz, Frances Brill, Gareth Clay, Hanna Hilbrandt, Ifigeneia Dimitrakou, Ismene Ehrler, Lorna Pontefract, Lucas Lerchs, Malena López Reyes, Malene Jacobsen, Mine Ante Lezama, Mireya Lagunas, Nouri Abdelgadir, Pascal Steinemann, Paula Ortiz, Rita Sandoval, Rowland Atkinson, Rufina Galindo, Sarah Marie Hall y Tad Mutersbaugh por sus comentarios, sus aportaciones al argumento y el ánimo que me brindaron para profundizar en el trabajo y, finalmente, darlo por concluido. Asimismo, expreso mi

gratitud a los editores de Transactions, Ben Anderson y Katherine Brickell, y a los dos revisores anónimos, por su orientación y sus valiosas observaciones. La ayuda de todas estas personas fue fundamental para que este artículo viera la luz.

REFERENCIAS

Ahmed, S. (2014). The cultural politics of emotion (Second edition). Edinburgh University Press.

Aiello, D., Bates, L., Graziani, T., Herring, C., Maharawal, M., McElroy, E., Phan, P., & Purser, G. (2018). Eviction Lab Misses the Mark. Shelterforce. https://shelterforce.org/2018/08/22/eviction-lab-misses-the-mark/

Álvarez Veinguer, A., & Sebastiani, L. (2019). Una década de luchas contra los desahucios. De la vergüenza y la soledad a los agenciamientos cotidianos. Papeles del CEIC, 2019(1), 208. https://doi.org/10.1387/pceic.19502

Anderson, B. (2022). Forms and scenes of attachment: A cultural geography of promises. Dialogues in Human Geography,1-18. https://doi.org/10.1177/20438206221129205

Anderson, B., & Ash, J. (2015). Atmospheric methods. In Non-representational methodologies (pp. 34-51). Routledge.

Antonsich, M. (2010). Meanings of place and aspects of the Self: An interdisciplinary and empirical account. GeoJournal, 75(1), 119–132. https://doi.org/10.1007/s10708-009-9290-9

Anzaldúa, G. (1987). Borderlands/la frontera: The new mestiza. Aunt Lute Books.

Atkinson, R. (2000). The hidden costs of gentrification: Displacement in central London. Journal of Housing and the Built Environment, 15(4), 307–326. JSTOR.

Atkinson, R., & Bridge, G. (2005). Gentrification in a Global Context: The New Urban Colonialism. Routledge.

Bachelard, G., & Jolas, M. (1994). The poetics of space. Beacon Press.

Baker, A. (2020). Eviction as infrastructure. City, 24(1–2), 143–150. https://doi.org/10.1080/13604813.2020.1739417

Baker, A. (2021). From eviction to evicting: Rethinking the technologies, lives and power sustaining displacement. Progress in Human Geography, 45(4), 796–813. https://doi.org/10.1177/0309132520910798

Barnwell, A. (2022). Critical Affect: The Politics of Method. Edinburgh University Press. https://doi.org/10.1515/9781474451352

Baxter, R., & Brickell, K. (2014). For Home Un Making. Home Cultures, 11(2), 133–143. https://doi.org/10.2752/175174214X13891916944553

bergman, carla, Montgomery, N., & Alluri, H. (2017). Joyful Militancy: Building Thriving Resistance in Toxic Times. AK Press.

Berlant, L. (2011). Cruel Optimism. Duke University Press.

Blomley, N., Flynn, A., & Sylvestre, M.-E. (2020). Governing the Belongings of the Precariously Housed: A Critical Legal Geography. Annual Review of Law and Social Science, 16(1), 165–181. https://doi.org/10.1146/annurev-lawsocsci-021020-105357

Blum, V., & Secor, A. (2011). Psychotopologies: Closing the Circuit between Psychic and Material Space. Environment and Planning D: Society and Space, 29(6), 1030–1047. https://doi.org/10.1068/d11910

Blunt, A., & Varley, A. (2004). Geographies of home. Cultural Geographies, 11(1), 3–6. https://doi.org/10.1191/1474474004eu289xx

Brickell, K. (2012). 'Mapping' and 'doing' critical geographies of home. Progress in Human Geography, 36(2), 225–244. https://doi.org/10.1177/0309132511418708

Brickell, K. (2014). "The Whole World Is Watching": Intimate Geopolitics of Forced Eviction and Women's Activism in Cambodia. Annals of the Association of American Geographers, 104(6), 1256–1272. https://doi.org/10.1080/00045608.2014.944452

Brickell, K. (2019). Forced eviction, intimate war and disposable homes. Dialogues in Human Geography, 9(2), 213–215. https://doi.org/10.1177/2043820619850357

Britt, L., & Heise, D. (2000). From Shame to Pride in Identity Politics. In S. Stryker, T. J. Owens, & R. W. White (Eds.), Self, Identity, and Social Movements (pp. 252–268). University of Minnesota Press.

Cabnal, L. (2012). Documento en Construcción para aportar a las reflexiones continentales desde el feminismo comunitario, al paradigma ancestral originario del "Sumak Kawsay"–Buen Vivir. https://amismaxaj.files.wordpress.com/2012/09/buen-vivir-desde-el-feminismo-comunitario.pdf

Chum, A. (2015). The impact of gentrification on residential evictions. Urban Geography, 36(7), 1083–1098. https://doi.org/10.1080/02723638.2015.1049480

Clancy, E. (2022). 'I feel fat when I feel fat': Affective forces of trauma in anorexia and bulimia. Gender, Place & Culture, 29(3), 303–322. https://doi.org/10.1080/0966369X.2021.1873741

Coleman, R., & Ringrose, J. (2013). Deleuze and Research Methodologies. Edinburgh University Press.

Cvetkovich, A. (2012). Depression: A public feeling. Duke University Press.

Desmond, M. (2016). Evicted: Poverty and Profit in the American City. Crown Publishers.

Dimitrakou, I., & Hilbrandt, H. (2024). Legal and cultural geographies of displacement: Home un making through material belongings. Social & Cultural Geography, 25(3), 385–403. https://doi.org/10.1080/14649365.2022.2157040

Doboš, P., Jamrichová, K., Mácha, J., Mohyla, O., Novotný, R., & Růžičková, M. (2023). Housing as an Exception, Eviction as Everyday Life. Czech Sociological Review, 59(2), 123–147. https://doi.org/10.13060/csr.2023.028

Elliott-Cooper, A., Hubbard, P., & Lees, L. (2019). Moving beyond Marcuse: Gentrification, displacement and the violence of un-homing. Progress in Human Geography, 44(3), 492–509. https://doi.org/10.1177/0309132519830511

Escoffie, C. (2023). País sin techo: Ciudades, historias y luchas sobre la vivienda. Grijalbo.

Fanon, F. (2002). The Wretched of the Earth. Grove.

Fathi, M. (2020). Displaced Home-Objects in Homing Experiences. In P. Adey, J. C. Bowstead, K. Brickell, V. Desai, M. Dolton, A. Pinkerton, & A. Siddiqi (Eds.), The Handbook of Displacement (pp. 613–628). Springer International Publishing.

Fernández-Savater, A. (2008). Politizar el sufrimiento. Minerva, 7, 111–112.

Flores, A. (2019). Cartografía del tsunami inmobiliario: El movimiento urbano popular y los vínculos urbano-rurales del boom inmobiliario en la ciudad de México. Espiral, revista de geografías y ciencias sociales, 1(1), Article 1. https://doi.org/10.15381/espiral.v1i1.15843

Frey, J. H., & Fontana, A. (1993). The Group Interview in Social Research. In D. L. Morgan (Ed.), Successful focus groups: Advancing the state of the art. SAGE Publ.

Fullilove, M. T. (1996). Psychiatric implications of displacement: Contributions from the psychology of place. The American Journal of Psychiatry, 153(12), 1516.

Garboden, P. M., & Rosen, E. (2019). Serial Filing: How Landlords use the Threat of Eviction. City & Community, 18(2), 638–661. https://doi.org/10.1111/cico.12387

Gehriger, L. (2023). Operationalizing the problem of political alienation for housing studies. Housing Studies, 0(0), 1–21. https://doi.org/10.1080/02673037.2023.2238643

Georgis, D. (2013). THINKING PAST PRIDE: QUEER ARAB SHAME IN BAREED MISTA3JIL. International Journal of Middle East Studies, 45(2), 233–251. https://doi.org/10.1017/S0020743813000056

Gibson-Graham, J. K. (2006). The end of capitalism (as we knew it): A feminist critique of political economy (1st University of Minnesota Press ed., 2006). University of Minnesota Press.

Gieseking, J. J. (2020). A queer New York: Geographies of lesbians, dykes, and queers. New York University Press.

Gilet, E. (2018, September 27). Así han aumentado los desalojos violentos en el corazón de la Ciudad de México. Vice. https://www.vice.com/es_latam/article/59ad98/asi-han-aumentado-los-desalojos-violentos-en-el-corazon-de-la-ciudad-de-mexico

Gilet, E., & Álvarez, E. (2023, March 20). Fiscalía del despojo en Ciudad de México. Quinto Elemento. Laboratorio de Investigación. https://quintoelab.org/project/la-fiscalia-del-despojo-cdmx

Gonzalez Casanova, P. (1965). Internal Colonialism and National Development. 1. https://search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&db=buh&AN=6976700&site=ehost-live

Griffiths, M. (2020). Affect and Displacement. In P. Adey, J. C. Bowstead, K. Brickell, V. Desai, M. Dolton, A. Pinkerton, & A. Siddiqi (Eds.), The Handbook of Displacement (pp. 99–107). Springer International Publishing.

Gromis, A., Fellows, I., Hendrickson, J. R., Edmonds, L., Leung, L., Porton, A., & Desmond, M. (2022). Estimating eviction prevalence across the United States. Proceedings of the National Academy of Sciences, 119(21), e2116169119. https://doi.org/10.1073/pnas.2116169119

Guillén, J. T. (2014). El carácter analítico y político del concepto de colonialismo interno de Pablo González Casanova. Desacatos. Revista de Ciencias Sociales, (45), 85. https://doi.org/10.29340/45.1292

Halperin, D., & Traub, V. (2010). Gay Shame. University of Chicago Press.

Hardt, M., & Negri, A. (2000). Empire. Harvard University Press.

Harris, E., Nowicki, M., & Brickell, K. (2019). On-edge in the impasse: Inhabiting the housing crisis as structure-of-feeling. Geoforum, 101, 156–164. https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2018.09.001

Hartman, C., & Robinson, D. (2003). Evictions: The hidden housing problem. Housing Policy Debate, 14(4), 461–501. https://doi.org/10.1080/10511482.2003.9521483

Hollway, W., & Jefferson, T. (2000). Doing qualitative research differently: Free association, narrative and the interview method. SAGE Publications.

Iturra Muñoz, L. (2014). ¿Dónde termina mi casa?: Mirando el hábitat residencial desde la noción de experiencia. Revista INVI, 29(81), 221–248. https://doi.org/10.4067/S0718-83582014000200007

Janin, C. (2003). Pour une théorie psychanalytique de la honte (honte originaire, honte des origines, origines de la honte). Revue française de psychanalyse, 67(5), 1657. https://doi.org/10.3917/rfp.675.1657

Johnson, E. P. (2001). “Quare” studies, or (almost) everything I know about queer studies I learned from my grandmother. Text and Performance Quarterly, 21(1), 1–25. https://doi.org/10.1080/10462930128119

Johnston, L. (2019). Pride / Shame. In Antipode Editorial Collective, T. Jazeel, A. Kent, K. McKittrick, N. Theodore, S. Chari, P. Chatterton, V. Gidwani, N. Heynen, W. Larner, J. Peck, J. Pickerill, M. Werner, & M. W. Wright (Eds.), Keywords in Radical Geography: Antipode at 50 (pp. 217–220). John Wiley & Sons, Inc. https://doi.org/10.1002/9781119558071.ch40

Klocker, N. (2015). Place Stigma as Boundary-making from the Outside In: The case of Cronulla. Australian Geographer, 46(4), 421–427. https://doi.org/10.1080/00049182.2015.1080341

Klosterkamp, S. (2024). Dismantling displacement and de-tenanting—Toward a feminist legal geography perspective on the housing crisis and eviction court cases in Germany. Geoforum, 156, 104126. https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2024.104126

Knudsen, B. T., & Stage, C. (2015). Affective Methodologies: Developing Cultural Research Strategies for the Study of Affect. Palgrave Macmillan. http://public.eblib.com/choice/publicfullrecord.aspx?p=4001106

Kristeva, J., Roudiez, L. S., & Kristeva, J. (2010). Powers of horror: An essay on abjection. Columbia Univ. Press.

Lancione, M. (2019). The politics of embodied urban precarity: Roma people and the fight for housing in Bucharest, Romania. Geoforum, 101, 182–191. https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2018.09.008

Larsen, T. S., & Delica, K. N. (2019). The production of territorial stigmatisation: A conceptual cartography. City, 23(4–5), 540–563. https://doi.org/10.1080/13604813.2019.1682865

Lewis, M. (1995). Shame: The Exposed Self. Simon and Schuster.

Leyva Solano, X., & Icaza, R. (Eds.). (2019). En tiempos de muerte: Cuerpos, Rebeldías, Resistencias. Cooperativa Editorial Retos.

Linz, J., & Secor, A. J. (2021). Undoing mastery: With ambivalence? Dialogues in Human Geography, 11(1), 108–111. https://doi.org/10.1177/2043820621995626

Linz, J., & Soto Villagrán, P. (2022). Soñar con quedarse: Experiencias de mujeres frente al desalojo en la Ciudad de México (Dreams of staying put: Women's experiences of eviction in Mexico City). Revista INVI, 37(104), 10–45.

Madden, D., & Marcuse, P. (2016). In Defense of Housing: The Politics of Crisis. Verso.

Maharawal, M. M., & McElroy, E. (2018). The Anti-Eviction Mapping Project: Counter Mapping and Oral History toward Bay Area Housing Justice. Annals of the American Association of Geographers, 108(2), 380–389. https://doi.org/10.1080/24694452.2017.1365583

Marcuse, P. (1985). Gentrification, Abandonment, and Displacement: Connections, Causes, and Policy Responses in New York City. 28, 47.

Mayer, C.-H., & Vanderheiden, E. (Eds.). (2019). The Bright Side of Shame: Transforming and Growing Through Practical Applications in Cultural Contexts. Springer International Publishing. https://doi.org/10.1007/978-3-030-13409-9

Moctezuma Mendoza, V. (2021). El desvanecimiento de lo popular: Gentrificación en el centro historico de la Ciudad de México (Primera edición digitial). El Colegio de México.

Muñoz, S. (2017). Precarious city: Home-making and eviction in Buenos Aires, Argentina. Cultural Geographies, 25(3), 411–424.

Nassar, A. (2025). "Giving up the Idea of Home": Ambivalent Geographies, Geopoetics, and Resisting Capture in the Cities of the Middle East. Global Studies Quarterly, (5), 1–10.

Nathanson, D. L. (1994). Shame and Pride: Affect, Sex, and the Birth of the Self (1st ed). W. W. Norton & Company, Incorporated.

Naylor, L., Daigle, M., Zaragocin, S., Ramírez, M. M., & Gilmartin, M. (2018). Interventions: Bringing the decolonial to political geography. Political Geography, 66, 199–209. https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2017.11.002

Nethercote, M. (2022). Racialized geographies of home: Property, unhoming and other possible futures. Progress in Human Geography, 46(4), 935–959. https://doi.org/10.1177/03091325221104480

Newman, K., & Wyly, E. K. (2006). The right to stay put, revisited: Gentrification and resistance to displacement in New York City. Urban Studies, 43(1), 23–57.

O'Neil, C. (2022). The Shame Machine: Who Profits in the New Age of Humiliation. Crown.

Oxford University Press. (n.d.). Stigma, n., 2.a. In Oxford English dictionary. Retrieved February 20, 2026, from https://doi.org/10.1093/OED/1109355539

Porteous, J. D., & Smith, S. E. (2001). Domicide: The global destruction of home. McGill-Queen's University Press.

Probyn, E. (2005). Blush: Faces of shame. University of Minnesota Press.

Rodríguez Aguilera, M. Y. (2021). Grieving geographies, mourning waters: Life, death, and environmental gendered racialized struggles in Mexico. Feminist Anthropology, 1-16. https://doi.org/10.1002/fea2.12060

Roulston, K. (2010). Reflective interviewing: A guide to theory and practice. Sage Publications.

Ruez, D. (2016). "I never felt targeted as an Asian ... Until I went to a gay pub": Sexual racism and the aesthetic geographies of the bad encounter. Environment and Planning A. https://doi.org/10.1177/0308518X16680817

Salmon, K. (2021). Shame and Eviction in Juan Miguel del Castillo's Techo y comida (2015). Bulletin of Spanish Visual Studies, 5(1), 61–89. https://doi.org/10.1080/24741604.2021.1875731

Secor, A. (2004). "There Is an Istanbul That Belongs to Me": Citizenship, Space, and Identity in the City. Annals of the Association of American Geographers, 94(2), 352–368. https://doi.org/10.1111/j.1467-8306.2004.09402012.x

Secor, A. J. (2025). Spacetimeunconscious. Dialogues in Human Geography, 15(2), 177–194. https://doi.org/10.1177/20438206231191763

Sedgwick, E. K., Frank, A., & Alexander, I. E. (1995). Shame and Its Sisters: A Silvan Tomkins Reader. Duke University Press.

Sedgwick, E. K. (2003). Touching Feeling: Affect, Pedagogy, Performativity. Duke University Press.

Seigworth, G. J., & Pedwell, C. (Eds.). (2023). The affect theory reader 2: Worldings, tensions, futures. Duke University Press.

Simone, A. M. (2022). The surrounds: Urban life within and beyond capture. Duke University Press.

Slater, T. (2006). The Eviction of Critical Perspectives from Gentrification Research. International Journal of Urban and Regional Research, 30(4), 737–757. https://doi.org/10.1111/j.1468-2427.2006.00689.x

Sloterdijk, P. (2010). Rage and time: A psychopolitical investigation. Columbia University Press.

Soreanu, R. (2018). Working-through Collective Wounds: Trauma, Denial, Recognition in the Brazilian Uprising. Springer.

Strong, S. (2021). Towards a geographical account of shame: Foodbanks, austerity, and the spaces of austere affective governmentality. Transactions of the Institute of British Geographers, 46(1), 73–86. https://doi.org/10.1111/tran.12406

Sweet, E. L., & Ortiz Escalante, S. (2017). Engaging territorio cuerpo - tierra through body and community mapping: A methodology for making communities safer. Gender, Place & Culture, 24(4), 594–606. https://doi.org/10.1080/0966369X.2016.1219325

Taylor, F. (2021). Desiring space: The affective politics of intimacy in shared rental accommodation. Radical Housing Journal, 3(2), 47–64.

Thompson, L., Pearce, J., & Barnett, J. R. (2007). Moralising geographies: Stigma, smoking islands and responsible subjects. Area, 39(4), 508–517. https://doi.org/10.1111/j.1475-4762.2007.00768.x

Tomiak, J. (2023). Land back / cities back. Urban Geography, 44(2), 292–294. https://doi.org/10.1080/02723638.2022.2126610

Tomkins, S. S. (2008). Affect imagery consciousness: The complete edition. Springer Pub.

Tran, A.-T. (2025). DATAFICATIONS OF EVICTION IN THE U.S. SOUTH. Georgia Institute of Technology.

Tyler, I. (2021). Stigma: The machinery of inequality (Paperback edition). Zed.

Vanolo, A. (2021). Shame, guilt, and the production of urban space. Progress in Human Geography, 45(4), 758–775. https://doi.org/10.1177/0309132520942304

Vega-Dávila, E. (2025). De lo queer a lo cuir: Punto de partida e innecesaria traducción. Letras (Lima), 96(144), 260. https://doi.org/10.30920/letras.96.144.14

Vivienda, gentrificación y despojos. (2024, March 12). [Broadcast]. In Seminario Gatopardo. https://open.spotify.com/episode/6uEIaPW8eCwgaewQH46tfv

Wacquant, L., Slater, T., & Pereira, V. B. (2014). Territorial Stigmatization in Action. Environment and Planning A: Economy and Space, 46(6), 1270–1280. https://doi.org/10.1068/a4606ge

Watt, P. (2018). “This pain of moving, moving, moving:” evictions, displacement and logics of expulsion in London: L’Année Sociologique, Vol. 68(1), 67–100. https://doi.org/10.3917/anso.181.0067

Weiss, G. (2018). The Shame of Shamelessness. Hypatia, 33(3), 537–552. https://doi.org/10.1111/hypa.12414

Cómo citar este artículo: Linz, J. (2026) Desalojo, hogar y la espacialidad de la vergüenza**.** Translated by Linz, J. and Ortiz, P., *Geography Directions*. Available from: https://doi.org/10.55203/RZBC1040. (Original work published 2026 in *Transactions of the Institute of British Geographers*).